

## KULTRUN

Sergio y yo compartimos esa semana unas cortas vacaciones. En el muelle de pescadores de Constitución, subimos a la balsa para atravesar el río Maule. Debíamos regresar sin que sus padres se dieran cuenta de que habíamos sacado el auto. Pasamos una tarde inolvidable en casa de la familia Devouliet Zambrano. A mi amigo lo tenía embrujado una chica de rubios rizos que, sin poder evitarlo, conquistó su corazón.

Sergio se despidió de Mónica, con un beso esquivo que apenas le rozó la mejilla. El femenino aroma natural de su cuerpo le hizo estremecer; quedando fundido en sus sentidos, según él, para toda su vida. El tío Rubén nos regaló dos botellas de ese vino casero que llaman pipeño y nos marchamos. Al llegar al embarcadero la balsa se encontraba en la orilla opuesta y, un letrero puesto al costado del camino, indica que la están reparando. Nos miramos sin decir palabra, estupefactos; ¡estábamos en problemas!

—¡Oye!, le dije —¡Tu padre nos desollará!,

—¡Cálmate, quieres! — Dijo Sergio —Tendremos que volver.

Desandamos los seis kilómetros que nos separan de Putú en un par de minutos. Aún seguían todos en la botillería, enfiestados. Preguntamos si hay otra forma de cruzar el río.

—¡Ninguna hijo! —Respondieron, —Para eso hay que ir a Talca.

Ni modo. Teníamos que internarnos en los bosques de Forestal CELCO si queríamos volver a Talca. El cantinero nos explicó la manera de llegar al sendero que empalma con la carretera de Curepto.

—Está bien, tomaremos ese sendero, —dijo Sergio.

—¡Pero no lo hagan, sino hasta mañana, —indicó el cantinero. —Es preferible salir con luz de día, se aseguran de encontrar la salida; si se pierden de noche, existe la posibilidad de que jamás salgan. —Nos lo recomendó con una seriedad que heló el ambiente....disipado el silencio, los presentes echaron a reír. ¡La maldita broma no me hizo gracia!

—¡Animo hombre! ¡Por qué tanta seriedad! ¡Verás cómo llegamos y nadie se habrá dado cuenta! —Dijo Sergio.

—¡Tengo un mal presentimiento! —Respondí, observando desde el camino los árboles que bajan las laderas semeando una marea verde mecida por el viento. Abajo, las cañadas de recónditos vericuetos, esparcidos entre matorrales, litres, espinos y quillayes. Dan la impresión de haber sido acorralados por los enormes pinos, semeando una falange romana, a la conquista de los desvalidos arbustos.

—¡Joder el huevón pesimista!, reclamó Sergio, enfilando hacia el sendero.

La forestal ha comprado la mitad de los terrenos de la costa de Talca, y construido cientos de caminos para poder manejarlos. El trumao penetra al interior del coche, impidiéndonos respirar. Nos seca la garganta hasta hacernos toser. Bebí de la botella de pipeño, humedecí un pañuelo y lo coloqué sobre mis narices.

Me sorprendió la brusca frenada. Un portón nos cerraba el camino. Bajé para abrirlo. La fuerte brisa se levantó azotando mi rostro, a media noche nos habrá cubierto la camanchaca. Por el oriente, algunas estrellas parpadean con indiferente pulcritud. Los árboles adquieren la apariencia de siluetas furtivas. Fantasmas en la tormentosa oscuridad que nos cubre invadiéndonos de incertidumbre. ¡Ni idea en qué sitio nos encontramos! Comencé a golpear mis rodillas con la palma de las manos, con un ritmo intermitente. La radio emitía un chicharreo monótono. En ese

momento recordé el relato del cantinero sobre que, esos bosques eran la morada de vivos y muertos revividos.

En los bosques acostumbraban trabajar vagos y delincuentes. Prófugos que, usando nombres falsos, recorren aquellos andurriales; que esconden misterios de afuerinos desaparecidos, los que merodean por las noches, para sorprender a algún pirquinero en el río Forel. No es extraño entonces, que el cantinero cuente que las sombras de la noche convierten esos parajes en sitios tenebrosos; en mundos paralelos que confluyen en la realidad. La espesa niebla navega por las corrientes de quebradas pedregosas; salpicadas de arbustos ancestrales, llevando en sus ancas estos destellos de luces; para volver a la vida a cientos de hombres desaparecidos en esas tierras.

—¡Es vuestra responsabilidad el salir de noche por esos sitios! —Fueron las palabras del cantinero. Otra historia aún no contada estaba por iniciarse, pensé.

Los días de pago en las faenas, se bebía en demasía y, al acabarse el mosto febril y chispeante, salían a buscar otro. Algunos no regresaban y nadie sabía ya de ellos. ¿Dónde habían ido a parar? ¡A quién le importaba! Los escapados volvían a fugarse.

Luego de recorrer unos cinco kilómetros, el camino desaparecía para convertirse en una huella de ganado.

—¿Qué piensas de esto, Jorge?

—No es lógico, primero: que el camino principal tenga un portón y segundo: que se convierta en una huella de ganado; te recuerdo lo que dijo el cantinero.

—¡Ah, ya!... Y crees que jamás saldremos de estos bosques. ¡No seas idiota!, eso no tiene sentido, estamos en un mundo civilizado y normal.

Ha transcurrido una hora desde que emprendimos viaje, por ese camino lleno de baches, zanjas y rocas partidas; quebradas secas que se cruzan y, volvemos a encontrarnos otro cruce, semejante al primero; a estas alturas estábamos completamente desorientados, perdidos.

—¿Y, ahora qué?

Sergio improvisaba maniobras para no salirse del camino.

—¡Mierda!

—¡Hacia la izquierda...la izquierda! —¡Grité!

—¡Ya lo vi!

—¡Mira a tu derecha! —Gritó Sergio, —en medio de ese claro.

—¡Sí, es una casa! ¡Gracias a Dios! Eso nos devolvió la confianza.

Preguntaríamos por la salida de este laberinto. La construcción tenía la apariencia de un monasterio y, lo que debía ser la chimenea, se elevaba igual a la torre de un campanario. Bajé y golpeé la única puerta. Sobre mi cabeza se abrió una ventana, por donde asomó un huesudo brazo sosteniendo una palmatoria con una vela encendida. Le seguía un rostro pálido, delgado y surcado de arrugas, ajado por el tiempo y el clima. ¡En la vida vi una mujer tan anciana y decrepita! ¡Una figura fantasmal!

—¿Qué lugar es este? Le pregunté.

—La estación de “Kultrun” respondió.

—¡Nos dirigimos a Talca y no sabemos qué camino tomar!

—¿Qué es Talca? —Preguntó con una voz cavernosa, como si proviniera de una catacumba.

—No reconozco ese nombre, he permanecido toda mi vida en la estación.

Levantando los hombros, miré a Sergio a través del parabrisas. Se mantuvo impertérrito, me volví hacia ese faro erigido en medio de ninguna parte. La viejecita había desaparecido. Iba a subir al coche, cuando la puerta de la planta baja se abrió con un lastimero quejido.

La anciana presentaba una delgadez que recordaba la figura de un moribundo en la cama de algún hospital. Sus cabellos eran del color de la camanchaca en el que un destello grisáceo se apreciaba en él, cuando movía la cabeza.

No sé si estaba frente a un ser vivo o una aparición. Un grito se dejó oír, semejante a un alarido, no pude distinguir si era humano. Aquel aullido contrajo mi espalda. Hacía rato que el temor se había apoderado de mí. Era un miedo que oprimía el pecho ¿qué causaba ese terror? ¿La fantasmagórica figura iluminada apenas por la tenue luz de la palmatoria? ¿O de darme cuenta de que era posible quedar atrapado, circulando por caminos sin salida? Es probable que esta viejecita de apariencia indefinida, sepa lo que ocurre. El asunto me intrigaba. Quise averiguar más, pero el pánico ante el latente peligro fue mayor.

Mis pies. Estaban pegados en la tierra, en donde quedaron plantados. Quise gritar —*¡Sergio, Sergio, acércate! ¡Tira de mí! ¡Tira para subir al coche!* Las palabras se traban en mi garganta.

Con la angustia reflejada en el rostro le grité a Jorge para que subiera al auto. Cuando sentí el portazo pisé a fondo el acelerador. El Peugeot 404 culebreó en el trumao, derrapó sus ruedas traseras y enfilé hacia el portón abierto. Continué corriendo desesperado por aquel camino, lleno de curvas, subidas y bajadas; llegué

a una carretera y viré a la derecha. A unos cien metros divisé un letrero que indicaba:  
“TALCA A 62 Km”

—¡Mira Jorge!, —exclamé sonriendo —¡Llegamos a la civilización!... Nadie respondió.

Al voltear, me encontré con unos desorbitados ojos de espanto, una mirada pétrea, impenetrable; unos ojos hundidos en un cráneo apenas cubierto por una piel seca, pálida y verdosa. La esquelética anciana con la boca semiabierta, me miraba desde sus oscuras cuencas mientras desfiguraba su cara en una mueca de asco o repudio que intentaba imitar mi sonrisa.

El vehículo se destrozó al impactar contra unas rocas al fondo de la quebrada, y en ese instante, una delgada anciana cruzó la carretera, desapareciendo entre los árboles.